

SARA MESA
ESCRITORA

“‘Cara de pan’ no tiene nada que ver con ‘Lolita’”

“No estoy muy convencida de que el acto de escribir sea terapéutico”

EDUARDO GARCÍA ROJAS

Sara Mesa (Madrid, 1976) es una escritora diferente en un país tan dado a lo reiterativo como es últimamente el de su república literaria. Más cuentista que novelista, Sara Mesa realizó este mismo noviembre una visita relámpago a Tenerife para presentar su última novela, *Cara de pan* (Anagrama, 2018), en la librería de Mujeres, en Santa Cruz de Tenerife, en la que mantuvo un encuentro con la también escritora y poeta Cecilia Domínguez Luis. Cuentan quienes asistieron a este diálogo que no dejó indiferente a nadie. Como su literatura.

-Dice en una entrevista que escribir es hacer trampas.

“Me refería a la autoficción, que es un fenómeno que está de moda y en el que los escritores cuentan cosas de sus vidas personales, lo

que no es, en cierto modo, un fenómeno nuevo, porque los escritores escribimos a partir de nuestras experiencias, de nuestra visión del mundo, de nuestra sensibilidad a través de nuestros libros. Incluso a pesar de que queramos ser literales con nuestra biografía, hacemos trampas porque nunca cuentas la verdad absoluta. Entre otras cosas, porque la verdad es una cosa inaprensible y a partir de eso todo proceso de escritura y literaturización de la vida conlleva una ficcionalización, y eso es hacer trampas. Mi visión de la literatura es la contraria, porque yo apuesto más por la autenticidad y la intuición; por una mirada sin disfraces antes que por la trampa”.

-Entonces, ¿escribir para usted es liberarse de sus demonios personales o prefiere mantener cierta distancia con lo que crea?

“No se puede mantener distancia con lo que escribes, al menos en el tipo de escritura que yo hago, porque parte de una búsqueda personal y de una indagación de mis inquietudes, así que es imposible que te deslindes de eso y que te dediques a una exposición totalmente apartada de tu persona. Tú te estás imbricando en el texto, estás pringándote, pero eso no significa que sea una escritora terapéutica, de las que saca demonios, significa simplemente -al menos en

mi caso- que hago historias que, entre comillas, me invento, y que el hecho de elegir esas historias parte de mi visión personal del mundo y de mi manera de escribirlas, y en ellas estoy yo todo el tiempo”.

-¿Y una mezcla de ambas cosas?

“El caso es que no estoy muy convencida de que la escritura terapéutica, la de sacar demonios interiores, sea la adecuada. Creo más bien que esa literatura es para dejársela a los expertos en terapia psicológica”.

-La relación de una adolescente con un señor mayor es la historia muy resumida de *Cara de pan*. ¿Hasta que punto la sombra de *Lolita* se hace eco en este libro?

“*Cara de pan* cuenta la relación de una adolescente con un hombre mayor, pero si solo se resume así el argumento, resulta lógico que la gente piense en *Lolita*, porque es el gran referente literario de nuestro tiempo. *Cara de pan* no tiene nada que ver con *Lolita*. Ojalá tuviera que ver con la apuesta literaria que escribió Nabokov a nivel formal y temático, de arriesgarse. Pero no, *Cara de pan* no tiene nada que ver con *Lolita*, libro que ni tuve en la cabeza cuando escribía esta historia. Más bien, en todo caso, tiene que ver con historias de personajes que están en los márgenes, y los már-

genes son también para mí las edades y los contextos, pero hoy día, con toda la revisión de *Lolita* y el debate sobre el acoso y el *Me Too*, se asocia a mi novela que, reitero, no tiene nada que ver, por desgracia, con *Lolita*, ya que admiro la literatura de Nabokov”.

-A propósito, ¿qué opina de la campaña del *Me Too*?

“No lo puedo resumir, pero obviamente me parece muy positivo que se replanteen ciertas formas de conducta que se habían considerado normales durante un montón de tiempo y que se denuncien cosas que no son permisibles y que, a la luz de los acontecimientos, hoy día se tienen que contar y revisar. Pero esto no significa que esté a favor de los linchamientos, ya que me parece que durante mucho tiempo las relaciones entre hombres y mujeres han estado enve-

nenadas y han sido perversas, pero es la que teníamos todos, hombres y mujeres, y nos manejábamos con eso para bien o para mal, pero de ahí a buscar culpables y sacarlos de debajo de las piedras para lincharlos, pues no estoy muy segura de que sea el camino adecuado. Creo, en todo caso, que el camino adecuado es la revisión y la reflexión y, sobre todo, la educación, para que estas cosas no vuelvan a suceder”.

-Muchos de los protagonistas de sus novelas y cuentos son adolescentes...

“Porque es una edad que literariamente es interesante y está presente en muchos escritores que me interesan personalmente, como Salinger y Carson McCullers, Álvaro Pombo y Andrés Barba, entre otros. La infancia y la adolescencia son periodos de transición y de cambios que literariamente





Sara Mesa nació en Madrid, aunque se trasladó con su familia a Sevilla siendo niña, ciudad en la que actualmente reside. Sus inicios literarios se centraron en la poesía, que abandonó muy pronto, y la narrativa, donde cuenta con libros de cuentos como *La sobriedad del galápagos*. No es fácil ser verde y novelas como *El trepanador de cerebros*, *Un incendio invisible*, *Cuatro por cuatro* y *Cicatriz*, entre otras.

dan mucho juego. He escrito últimamente sobre eso porque son personajes que están en cierto modo marcados, ya que se les considera de manera simple o como adultos en potencia, o como el adulto que llegará a ser, pero se ignora o no se observa la infancia y la adolescencia como lo que es en ese momento. Tengo muy presente la adolescente que fui y recuerdo muy bien aquellos mecanismos mentales y me resulta muy atractivo volver a ellos a la hora de escribir”.

¿Cómo recuerda su adolescencia?

“Mi adolescencia, sin entrar en temas personales, fue como la de la gran mayoría. Me pasaron cosas determinantes que se viven con gran intensidad y si bien he olvidado más hechos concretos, no ha sido así con las sensaciones y los mecanismos mentales, los modos de

funcionar, las confusiones, los miedos, los descubrimientos y el asombro que tienes a esas edades. Es más un recuerdo de sensaciones que de hechos, y eso me pasa también en la literatura, porque cuando me preguntan cuánto de biográfico hay en lo que escribo, entiendo que todo y nada. Como hechos no, porque siempre los modifico, pero como persona que está ahí, prácticamente todo”.

-Muchas de sus historias transcurren en la ciudad de Cárdenas. ¿Cárdenas es un territorio mítico como Macondo o Comala o es un espacio al que recurre porque no le gusta ubicar sus historias en territorios reales?

“Más bien lo segundo, más quisiera que fuera lo primero, un territorio mítico bien articulado y con personalidad propia. La sensación

que tengo cuando escribo es la de prestar más atención a los personajes, a su psicología, que al decorado donde sucede la acción. En este sentido, me identifico mucho con el teatro, con lo teatral. En otras historias me da igual, aunque el escenario sea urbano, pero me da igual que sea Sevilla o Barcelona o una ciudad de tamaño mediano española. Si no pongo nombre es porque no quiero que recaiga en ella el peso de la reflexión, sino que sea solo el lugar donde suceden las cosas. Lo que hago con Cárdenas, más que la construcción de un territorio, es la destrucción de un territorio”.

¿Dónde se maneja mejor, con el relato o con la novela?

“Me siento más cómoda con el relato, pero un escritor no debe quedarse donde se siente más cómodo, porque tiene que ser realista y saber cuáles son sus márgenes y territorios. Y si bien sé que mi territorio es lo breve y que me cuesta más trabajo una novela, hay historias y tipos de narraciones que por su estructura precisan de una extensión más larga, y es cuando escribo una novela, que nunca va a ser una novela larga, pero que tampoco es un relato, y eso me resulta atractivo, porque para mí, como escritora, es un reto escribir un texto de 150 o 200 páginas. Me siento más cómoda con el cuento porque creo que es mi territorio natural, pero no me resigno a intentar explorar otras extensiones”.

-No es España un país de cuentistas.

“Se suele hablar de la tradición cuentista americana, pero esos autores tampoco son tan conocidos allí como los escritores de novelas. El cuento en términos generales siempre va ser un género minoritario porque exige más al lector, mientras que la novela es un territorio casi siempre más amable para el lector y las editoriales, para el mercado, en definitiva. El cuento tiene mayor predicamento a nivel crítico y de prestigio literario. Muchos de nuestros mejores escrito-

res escriben cuentos, pero eso no se traduce en la mesa de las novedades y es imposible que cambie la tendencia. Pasa lo mismo con la poesía, que no puede ser un género mayoritario. De hecho, incluso cuando un libro de cuentos alcanza un gran éxito, como el de Lucía Berlin, que ha sido todo un éxito editorial, su popularidad siempre será infinitamente menor a la de una novela *best seller*”.

-Habla de la crítica, pero, según leo, para usted no es del todo fiable.

“La recepción crítica de mis libros ha sido generosa. Los críticos han puesto bien mis libros, lo que pasa es que llega un momento en el que como escritor y creador tienes dudas y necesitas enfrentarte a ellas y no sabes entonces si la crítica vale o si el crítico se ha limitado a repetir lo que ya han dicho otros. Agradezco mucho que lean

mi obra y la pongan bien, pero a veces tengo la sensación al leer reseñas que ya las he leído previamente. Por eso agradezco del crítico que haga una lectura personal de mi obra y que señale algún tipo de disfuncionalidad que me permita crecer. Una se vuelve un poco descreída ante la unanimidad y a solas te das cuentas que todavía tienes mucho que aprender y mejorar. No me voy a acomodar a lo que ya se ha dicho, porque tengo la sensación de que tengo que mejorar muchas cosas. Sobre la crítica, en general, hay de todo. En mi caso me fío de ciertos críticos literarios porque creo en su honestidad crítica y nuestros gustos literarios son parecidos, aunque, personalmente, para mí es más importante la opinión de amigos lectores, escritores o de la editorial que cuenta con un catálogo del que te puedes fiar porque lo que ofrece es interesante. También cuenta la opinión del librero, que forma parte de la cadena de una forma totalmente desinteresada, ya que son prescriptores que suplen un espacio que la crítica oficial está perdiendo”.

¿Recuerda el primer libro que la convirtió en lectora?

“No recuerdo un único libro, porque en aquel entonces leía muchos tebeos, novelas de Agatha Christie, aunque el libro más literario que leí durante aquella etapa fue *Un zoo en la isla*, de Gerald Durrell, que tenía un tratamiento muy interesante y todo lo que contaba, como un aire muy friqui, ya que el protagonista montaba un zoológico en una isla. A la edad de doce o trece años leí este libro como unas treinta veces, y no exagero. Creo que fue probablemente el primer libro literario que me marcó”.

¿Y el primer libro que la animó a ser escritora?

“En ese caso fueron un cúmulo de libros, porque comencé a escribir tarde, con 30 años, y todo lo que había leído entonces ya estaba muy mezclado en mi cabeza”.

AL DETALLE

Próximo libro

→ Sara Mesa, que se encuentra en estos momentos trajinando con una novela “atascada desde hace tiempo” y previa a *Cara de pan*, publicará en enero y en la colección *Cuadernos de Anagrama* su primera incursión en el ensayo, un género en el que confiesa no sentirse demasiado cómoda. Este cuaderno lleva el título de *Silencio administrativo. La pobreza ante el laberinto burocrático* y en él describe el laberinto al que se somete a los pobres para acceder a las ayudas sociales que las instituciones venden para que se sepa que están ahí. El ensayo está basado en un caso real y está narrado como una crónica que intenta visibilizar tan indignante como kafkiano proceso ■

Un jardín que no es el Edén

Una lectura de
'Cara de pan', de
Sara Mesa

CECILIA DOMÍNGUEZ LUIS

Terminé de leer la novela *Cara de pan*, de Sara Mesa, publicada por Anagrama este mismo año, con una sensación de desasosiego. Esa misma que se produce cuando reflexionamos sobre nuestros prejuicios, sobre nuestras "zonas oscuras", algo que Sara Mesa, en este como en sus anteriores libros, nos lleva a plantearnos, pues, inevitablemente, tomamos partido ante una serie de situaciones que, muchas veces, se nos escapan de las manos.

Y es que todas las novelas de esta autora, al menos las que yo he leído, tratan, precisamente, de ese lado oscuro que tienen las relaciones humanas

Del amor-posesión- al principio virtual y luego real y obsesivo- de *Cicatriz*, pasamos a otras relaciones de poder y sumisión, en un ambiente cerrado y opresivo, como el del internado de *Cuatro por cuatro*, donde a estas relaciones se unen, de manera inquietante, la manipulación y el aislamiento.

Esta vez, ya no hablamos de espacios cerrados, al contrario. La historia transcurre, fundamentalmente, en un espacio tan abierto y acogedor como puede serlo un parque urbano, pero no por ello la autora deja de darnos otra vuelta de tuerca.

En este espacio se encuentra una adolescente de trece años con un hombre de cincuenta, con el que inicia una singular relación.

Y aquí aparece ya nuestro primer prejuicio.

Inmersos en una sociedad que parece determinar nuestros actos, diciéndonos lo que esta bien y lo que está



Cara de pan es la historia de dos personajes escu- rridizos y heridos que establecen una relación impropia, intole- rable, sospecho- sa, que provocará incompreñsion y rechazo y en la que no necesari- mente coinci- de lo que sucede, lo que se cuenta que sucede y lo que se interpreta que sucede. Una historia elu- siva, obsesiva, inquietante y hasta incómoda, pero al mismo tiempo extrañamente magnéti- ca, en la que pal- pitan el tabú, el miedo al salto al vacío de la vida adulta.

mal, lo que es o no política y humanamente *correcto*, el encuentro con estos dos personajes nos pone en guardia.

Lo primero que, a mí, por lo menos, me vino a la mente fue *Lolita*, de Nabokov, si bien es cierto que el Viejo del parque nada tenía que ver con Humbert Humbert, y además, pronto descubrí que no era ese el camino por el que quería conducirnos la escritora.

El Viejo -ese va a ser el nombre por el que lo conocamos a lo largo de la novela, puesto que es el que le da la protagonista y el viejo lo acepta- solo está interesado por los pájaros y por la cantante Nina Simone, de quien conoce toda su música, su vida y entresijos. Su soledad va

más allá del rechazo de los otros y se encuentra con otro ser igual de solo y desvalido y que, además, como ella confiesa, "Odio mi nombre", por lo que el Viejo decide, después de una suerte de confesiones entre la mentira y la verdad, por parte de la protagonista, llamarla Casi, lo que ella acepta.

Pero Casi, como toda adolescente, no solo odia su nombre, también rechaza las transformaciones que está sufriendo su cuerpo, se siente "distinta" y su actitud la lleva a una difícil integración con sus compañeros. Por otra parte, le gusta experimentar, arriesgar, ponerse retos. De ahí que uno de ello sea ese absentismo, que ella justifica, pero que, en el fondo es una huida hacia adelante. Tal vez el Viejo, ese

ser igual de "diferente", sea otro de sus retos.

Sin embargo, la sospecha acude. Ella misma se pregunta qué busca el Viejo en ella, por qué no le pregunta cómo es que está en el parque en horas de clase. "¿Está tratando de acercarse a la cuestión candente?"

Está claro que, en contra de la sinceridad del Viejo, Casi miente, inventa excusas, historias que el Viejo no se cree. Y el lector se da cuenta de que algo falla en ese hombre de mirada, a veces ausente, que siempre viste el mismo traje y solo habla de pájaros y de Nina Simone.

Casi también se da cuenta, pero ella necesita imaginar, construir una historia a la medida de sus fantasías, de muchacha que empieza a hacerse mujer, sin

pretenderlo ni quererlo. Y, al no poderle hacer reaccionar al Viejo, según ella esperaba, llevada por esos mismos prejuicios aprendidos en su casa, en el colegio, en la propia experiencia acerca de los "hombres mayores", se inventa una relación con el viejo, que escribe en un diario. Y lo hace de forma casi visceral, como si con ello quisiera conjurar sus propios demonios.

El lector de *Cara de pan* no tendrá acceso a esos diarios, pero, por los acontecimientos que se suceden, no albergará dudas de lo que contiene.

Un diario que, tal vez, pueda ser la salvación de Casi, pero no la del Viejo.

¿Y cuál es la lectura del lector o, al menos, la mía?

A través de la lectura, sabemos que el Viejo nunca le haría daño a Casi, que su terrible historia ha hecho de él un ser desgraciado y especial, falto de afecto, herido, pero que eso no lo convierte en un personaje violento.

Pero ¿Y si...?

Sara Mesa, con la habilidad narrativa que la caracteriza, nos va introduciendo en un mundo que poco o nada conocemos -o no queremos conocer-, en un espacio, el del parque, que pasa de ser simplemente un escenario a convertirse en testigo, en una especie de ser vivo que acoge los encuentros entre dos soledades, sus diálogos, sus miedos su tristeza, junto al vuelo de los pájaros. "Un mirlo se cuela a través del seto, los ve, y se larga corriendo a toda prisa, armando gran revuelo."

Cara de pan es una novela de aprendizaje, pero es también una novela sobre la condición humana: sobre las emociones, las incertidumbres, la sospecha, los temores.

El desasosiego nos llega cuando Sara Mesa, a través de su sugerente novela, nos plantea, entre otras preguntas: Y ustedes, ¿qué hubieran hecho?

Y, si somos sinceros, no podemos dejar de reconocer que, en esta novela, el lado oscuro es el nuestro.